

George Santayana: ¿Es deseable la inmortalidad?

INTRODUCCIÓN

Is Immortality Desiderable? apareció en *The Journal of Philosophy, Psychology and Scientific Methods*, en el volumen 6, número 15, correspondiente al mes de julio del año 1909, pp. 411-415. Era la reseña de Santayana del librito homónimo de 63 páginas de G. Lowes Dickinson (1862-1932) publicado en Boston y Nueva York, como *The Ingersoll Lecture* dada en 1908, [cf. <https://archive.org/stream/isimmortalitydeso0dickuoft#page/n5/mode/2up>]. La reseña de Santayana, se puede consultar en <https://www.jstor.org/stable/2011738>, y fue recogida por John Lachs en su edición de *Animal Faith and Spiritual Life: Previously Unpublished and Uncollected Writings by George Santayana with Critical Essays on His Thought* (1967), pp. 365-370.

Dickinson era amigo de Santayana y compañero en sus paseos por Cambridge, de modo que hay que imaginarlos paseando y hablando, entre otras cosas, de la inmortalidad, cuestión esta muy candente en el momento, como puede comprobarse por los títulos de las Ingersoll Lectures anteriores, y por las publicaciones de la época. De hecho, en su autobiografía, Santayana le dedica unos interesantes párrafos a Dickinson, cuando recuerda sus amistades en Cambridge [cf. *Personas y lugares*, Trotta, 2002, pp. 468-9].

Al tema de la inmortalidad ya le había dedicado Santayana bastante atención en su, por aquel momento, libro más ambicioso, *La vida de la razón*: los capítulos 13 y 14 de *La razón en la religión* tratan respectivamente de «La creencia en una vida futura» y de «Inmortalidad ideal» [cf. selección en *La vida de la razón*, Tecnos, 2005,

pp. 232-237]. La conferencia de Dickinson le permite ahora a Santayana referirse a las «investigaciones» que llevaba por entonces, ya con polémica, la *Society for Psychical Research*, fundada en 1882 y dedicada a cuestiones como: espíritus, hipnotismo, médiums y parapsicología. La Asociación sigue funcionando en la actualidad y contó entre sus presidentes a William James y a Henri Bergson.

La cita del *Fausto* goethiano, en alemán en el original, sigue la traducción de Helena Cortés Gabaudan, de su edición bilingüe publicada por Abada Editores, Madrid, 2010, pp. 751-753. Procede de la escena Media noche, donde Fausto responde a la Inquietud, versos 1142-11450.

Para evitar las notas de edición, he añadido entre corchetes alguna información mínima que ayuda a entender el texto.

DANIEL MORENO

¿Es deseable la inmortalidad?

GEORGE SANTAYANA

Aunque el cuerpo de esta conferencia aborda la cuestión referida en el título, su comienzo y su final consideran, sin embargo, si la inmortalidad es posible o probable. El matiz no carece de importancia; en efecto, Mr. Dickinson, preocupado ante el escaso fundamento de la inmortalidad empíricamente plausible, o que podría obtener cierta evidencia, no le da rienda suelta a su imaginación para que describa qué tipo de inmortalidad sería deseable. Y eso que tal descripción ideal, si no procurara engañar, podría ser instructiva. Podría ayudar a solucionar la otra cuestión, la de la inmortalidad de verdad, dado que podría disuadirnos de estrujar la realidad para encajarle nuestras imprudentes fantasías, al ver lo alejada que está la realidad de responder efectivamente a nuestros ideales racionales. De hecho, los pasajes más persuasivos del libro son los que denigran la inmortalidad en sus versiones sospechosas o indeseables, como eterna juventud, vejez sin fin, perpetua repetición de una vida imperfecta, cielo a condición de que otros soporten el infierno. Mr. Dickinson considera, sin embargo, que en cada uno de nosotros hay una voluntad profunda o un ideal implícito que la vida terrenal apenas puede satisfacer y que lo que haría deseable la inmortalidad sería la posibilidad de lograr ese ideal en una vida posterior. Para ese fin, continúa, acaso fuera suficiente si un mecanismo moral inconsciente asegurara que todas las acciones tienen su correspondiente continuación, un tipo de Karma que explicaría nuestras peripecias vitales y que preservaría nuestros logros. Pero sería claramente mejor que una memoria consciente, aunque fuera parcial, conectara esas

existencias sucesivas, tal como ocurre entre los episodios de nuestra existencia aquí. Negar eso, afirma Mr. Dickinson, «no vacía la vida de todo su valor, pero, a mi juicio, destruye su elemento más precioso, el que transfigura todo lo demás; borra el brillo de la nieve, el planeta en el horizonte; silencia la gran aventura, la aventura tras la muerte» (p. 33). Dado que ese tipo de inmortalidad es muy deseable, es importante saber si existe o no; incluso podemos esperar que se descubra que realmente existe, si se fomentaran y se siguieran con honestidad las investigaciones de la *Society for Psychological Research*.

Tal conclusión, tras la exquisita y contenida exposición de los demás puntos, echará un jarro de agua fría sobre el lector, tal como claramente hizo sobre la audiencia a la que esta charla iba originalmente dirigida. El autor, siguiendo a Mr. Schiller [Ferdinand C. Schiller (1864-1937)], reconoce con tristeza que a la gente no le interesan las investigaciones psicológicas ni la inmortalidad que se espera descubrir; él atribuye esa indiferencia general a la pereza espiritual, los prejuicios y la falta de imaginación. Acaso parezca oportuno que yo, hablando exclusivamente por mí, señale otros factores que contribuyen a ese sentimiento.

En primer lugar, no estoy seguro de que los adeptos a las investigaciones psíquicas encarnen el «método científico y la capacidad crítica» que Mr. Dickinson, completamente en serio, les atribuye. Yo mismo no pretendo ser científico, pero creo ver la diferencia entre ciencia y mitología. Hay, sin duda, emisiones naturales a las que responden ciertas personas supersensitivas; entenderlas podría arrojar alguna luz inesperada sobre la relación de la mente con el cuerpo, sobre la memoria, sobre la comunicación a distancia, incluso quizás sobre la naturaleza del tiempo. Con todo, el telégrafo sin hilos parece prometer más en esa dirección que la investigación psíquica. Tal como ésta se lleva a cabo actualmente, parece menos interesante en casar unos fenómenos con otros que en atribuirles una causa mítica. ¿Sería una prueba de método científico y de capacidad crítica intentar encontrar el libre albedrío en el cerebro o a Apolo en las respuestas de Delfos? Un «espíritu» o «persona» que, tal co-

mo se dice, envía mensajes desde el otro mundo es un elemento del discurso, una entidad retórica o moral, un término que bien puede servir para abarcar cierto ciclo de fenómenos, pero que, tomado en sí mismo, es sólo una palabra, una simple etiqueta para nuestra ignorancia. Una «mente», tanto en este mundo como en cualquier otro, sólo se descubre a través de sus manifestaciones. Es la ciencia la que las anota y rastrea sus conexiones empíricas; en el caso del libre albedrío, la ciencia pararía ante un corte material en la causalidad; en el caso de Apolo, ante el sol, ante la sacerdotisa o ante algún éter sensible que vibre entre ambos; y, en el caso de los mensajes de los muertos, ante algún «cuerpo astral» revoloteando materialmente. Mr. Dickinson (p. 53) acusa al profesor Münsterberg [Hugo Münsterberg (1863-1916)] de ser dogmático y poco científico por afirmar que no puede haber sensación en la mente si el cuerpo no actúa [cf. *La vida eterna* (1905), p. 6]. La afirmación es, sin duda, dogmática en su forma dado que no establece la condición que, creo, se da por entendida, de que se habla de sensaciones que puedan deducirse sistemáticamente y ser conocidas como existentes desde afuera, no de las que puedan existir por sí mismas aisladas, sin base ni ocasión natural descubrible. Las condiciones del conocimiento humano carecen de autoridad para limitar las posibilidades del ser, pero la ciencia no puede descubrir lo que, por definición, es indescubrible. Es posible que tal principio esté expresado de modo dogmático, pero es la esencia de la filosofía «crítica». La ciencia sólo puede recoger los fenómenos, sobre los cuales la imaginación, si quiere, puede construir una mitología.

En segundo lugar, la comunicación real de los médiums, si decidimos interpretarla míticamente, sugiere una inmortalidad que, claramente, no es deseable. Es el mismo tipo de supervivencia fantasmal, tétrica y desamparada en el que siempre creyeron los hombres primitivos. No es tanto otra vida como un delirio y un estertor prolongados. Nos hace estremecernos «evitando la muerte [*sic*, la tumba] que», como dice Shelley, «será como la vida y el miedo, una oscura realidad» [*Himno a la belleza intelectual*]. Se puede, con to-

do, inferir legítimamente, a partir del carácter fantasmal de los supuestos espíritus, que realmente son sólo ecos, no existencias colaterales de los vivos.

Suponiendo incluso que las investigaciones futuras muestren que esa supervivencia es auténtica, e incluso feliz, de ahí no se sigue en absoluto, tal como Mr. Dickinson parece asumir, que sea importante para nosotros darle vueltas a esa existencia futura, ni siquiera saber lo que nos espera. El futuro, en sí mismo, es tan importante como nosotros elijamos que lo sea, y lo es cuando llega; pero saberlo de antemano es importante sólo cuando es útil para modelarlo o para intensificar, por anticipación, el valor del presente. El preconocimiento que los profetas teosóficos hayan alcanzado, o alcancen, no cumple esas condiciones. La cuestión de si alguien se va a casar o si ese matrimonio va a ser feliz no es irrelevante para esa persona, y es un asunto donde hay margen suficiente para hacer cálculos y precauerdos, más que sobre la vida en el otro mundo; en efecto, ¿qué será más vano, o más forzado, que pasar la juventud suspirando por la felicidad conyugal y aconsejándose con adivinos sobre la base de que, a no ser que se sepa y se esté seguro del futuro feliz, el fútbol o la amistad perderán su «elemento más precioso»? [p. 33]. Dado que Mr. Dickinson prefiere la poesía al razonamiento en este asunto (algo en lo que estoy de acuerdo), citaré algunas líneas de Goethe, quien se consideraba demasiado bueno como para desaparecer y pensaba que el espíritu pasaría a través de la muerte a una nueva y venturosa existencia, como la semilla que duerme durante el invierno. Con todo, escribe («Fausto», parte II, acto V, escena 4):

Y más allá [de la esfera terrestre] la visión nos está clausurada;
 ¡loco el que hacia allí dirige sus ojos que parpadean,
 el que sobre las nubes a un ser semejante inventa!
 Que se mantenga firme y contemple lo que le rodea;
 pues no está mudo este mundo para el hombre capaz.
 ¿Para qué andar perdiéndose en las eternidades?
 Lo que él conoce se puede agarrar.

Siga así avanzando a lo largo de su terrenal jornada;
si se le aparecen espíritus, que siga su camino.

Más aún, si la retribución, como el autor admite, es injusta, ¿cómo alguien va a promover la justicia si hereda perpetuamente la influencia de sus actos y hábitos pasados? Lo que lleva a la justicia, a mi parecer, es que, si la acción va a tener probablemente consecuencias importantes para los demás, ese hecho se verá en la acción; pero nunca que, dada una situación buena o mala, sus causas tengan que ser análogas o sus efectos también análogos. Las cadenas de esa fatalidad moral, que a Mr. Dickinson le parecen esenciales para la excelencia de la vida, me parecen a mí incompatibles con su libertad y goce intrínsecos. No puedo entender que el conjunto de una vida infinita sea valiosa cuando cada una de sus partes esté tiznada y ahogada por infinitas culpas olvidadas y una responsabilidad incalculable e infinita. Únicamente olvidando su inmortalidad es como pueden vivir los que creen en ella.

Por otro lado (y este será mi último comentario), el ideal que yo encuentro implícito en nuestros instintos, preferencias y esperanzas es un ideal terreno y claramente humano. Si a veces presenta otro aspecto, es sólo porque, al carecer de un orden claro, la desgracia lo ha convertido en algo completamente vago y triste. Si uno concreta sus aspiraciones y comienza a desarrollarlas, verá que son humanas y que su consecución sólo puede ser terrena. A la vez, verá que no son egoístas. El ser excelente que uno ansía preservar es esencialmente un ideal, que no puede ser expresado salvo en el flujo de las existencias. De ahí que el sueño o el olvido no tengan por qué destruirlo. Habita en la constancia del objetivo, la unanimidad de pensamiento y la felicidad afín; desea triunfar sobre la muerte solamente como la memoria, la herencia y la cultura triunfan sobre la modificabilidad que, en la vida material, es totalmente prevalente e irrevocable. No hay ningún yo ideal que sea tan privado que no conste de esos elementos públicos. La quimera de un alma que no sea ni la vida de un cuerpo ni un objeto racional y que, no obstante, sea ambas cosas a la

vez es uno de los híbridos metafísicos generados al dotar de estatus físico a una entidad moral. Tales confusiones están muy presentes y son tradicionales; con todo, apenas consiguen confundir al instinto; y esa es, imagino, la razón fundamental por la que la inmortalidad mítica, incluso cuando se cree en ella, deja a los humanos en esa invencible apatía. Saben que no es a eso a lo que aspira su corazón; que no es un bien realmente, mucho menos la condición de la excelencia del universo. No son tan engreídos como para creer que cualquiera puede saltar al escenario del mundo para lucimiento general. Si yo fuera el autor teatral, confieso que esperarí encontrar o producir en seguida un conjunto de personajes mejor que cualesquiera de los ya aparecidos. Nunca ha existido un hombre o una mujer concretos a los que me gustaría adjudicarles un papel para siempre, en vez de llenar mi teatro de tanto en tanto con caras nuevas, y con distintos acentos de la naturaleza. Mi ideal sería la perfección continua, no la perpetuidad individual; en efecto, esta perpetuidad, en tanto que ideal, supondría o bien que la perfección no se puede conseguir o que se han acabado sus formas posibles. Por tanto, a los tipos de inmortalidad que, examinados atentamente, acaban por desengañarnos y muestran no ser deseables, yo añadiría que la perspectiva de encontrarme a mí mismo de nuevo más allá de la tumba junto a todas las personas que conocí en la tierra, me deja frío, incluso me hiela hasta la médula. Interpretar de ese modo el ideal de la naturaleza humana, el cual, en el fondo, *se dirige* al ideal, me parece que está muy lejos de ser profundo y muy lejos de ser sublime.

Harvard University

Traducción: Daniel Moreno

limbo

Núm. 38, 2018, pp. 87-89

ISSN: 0210-1602

The Poet's Testament

GEORGE SANTAYANA

I give back to the earth what the earth gave,
All to the furrow, nothing to the grave.
The candle's out, the spirit's vigil spent;
Sight may not follow where the vision went.

I leave you but the sound of many a word
In mocking echoes haply overheard.
I sang to heaven. My exile made me free,
From world to world, from all worlds carried me.

Spared by the Furies, for the Fates were kind,
I paced the pillared cloister of the mind;
All times my present, everywhere my place,
Nor fear, nor hope, nor envy saw my face.

Blow what winds would, the ancient truth was mine,
And friendship mellowed in the flush of wine,
And heavenly laughter, shaking from its wings
Atoms of light and tears for mortal things.

To trembling harmonies of field and cloud,
Of flesh and spirit was my worship vowed.
Let form, let music, let the all-quickenning air
Fulfil in beauty my imperfect prayer.

The Poet's Testament —

I give back to the earth what the earth gave,
All to the furrow, nothing to the grave.
The candle's out, the spirit's vigil spent;
Sight may not follow where the vision went.

I leave you but the sound of many a word
In mocking echoes haply overheard.
I sang to heaven, My exile made me free,
From world to world, from all worlds carried me.

Spared by the Furies, for the Fates were kind,
I paced the pillared cloisters of the mind;
All times my present, everywhere my place,
Nor fear, nor hope, nor envy saw my face.

Blow what winds would, the ancient truth was mine,
And friendship mellowed in the flush of wine,
And heavenly laughter, shaking from its wings
Atoms of light and tears for mortal things.

To trembling harmonies of field and cloud,
Of flesh and spirit was my worship vowed.
Let form, let music, let the all-quickenin' air
Fulfil in beauty my imperfect prayer.

Manuscrito fechado en octubre de 1947 e incluido en *The Complete Poems of George Santayana. A Critical Edition*, editado por William G. Holzberger, Lewisburg, Bucknell University Press, 1979, p. 259.

El testamento del poeta

GEORGE SANTAYANA

Devuelvo a la tierra lo que la tierra dio.
Todo al surco, nada a la tumba.
Apagada está la vela; terminó la vigilia del alma;
ya los ojos no llegan a donde la visión alcanza.

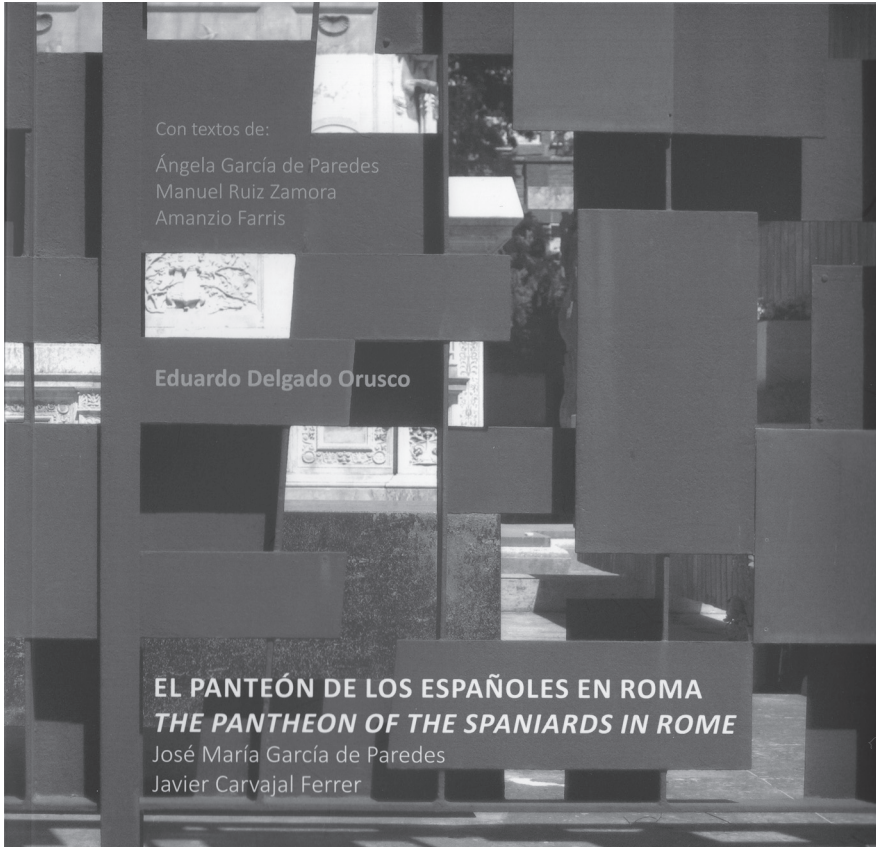
No os dejo más que el sonido de muchas palabras,
de las que burlones ecos tal vez se oigan.
He cantado al cielo. El destierro hízome libre,
llevándome de mundo en mundo, de todos los mundos.

Respetado por las Furias, pues fueron benignos mis Hados,
hollé los firmes claustros de la mente;
todo tiempo fue para mí presente, todo lugar, mi sitio.
Nunca vió mi rostro ni temor, ni esperanza, ni envidia.

Soplara cualquier viento, mía hice la antigua verdad.
Y en el rubor del vino, la amistad maduraba,
y una celestial risa, que despedía de sus alas
átomos de luz y de lágrimas, por las mortales cosas.

A las trémulas armonías del campo y de la nube,
de la carne y del espíritu, mi culto consagré.
Que la forma, que la música y el aire que todo vivifica
colmen de belleza mi imperfecta plegaria.

Traducción: Emilio Garrigues
(*Ínsula*, 15 de noviembre de 1952, n.º 83, p. 4)



Con textos de:

Ángela García de Paredes
Manuel Ruíz Zamora
Amanzio Farris



Eduardo Delgado Orusco

EL PANTEÓN DE LOS ESPAÑOLES EN ROMA
THE PANTHEON OF THE SPANIARDS IN ROME

José María García de Paredes
Javier Carvajal Ferrer